



Trabajo



Año III :-: Se publica los Domingos :-: Aguilas, 9 de Julio 1933 :-: Redacción: Aranda, 17 - bajo :-: Precio 15 cts. :-: Núm. 89

Consecuencia de la lucha de clases

La lucha de clases origina un trastorno en la economía burguesa, y como consecuencia, un menor beneficio por parte del patrono, a medida que el salariado va alzando el nivel de su vida. Y nada tiene de extraño que el buen burgués, a la vista de esta amenaza que surge, y que promete por su dureza despiadada desplazar de las trincheras del capitalismo a sus poseedores, a cuenta de un pretexto, sea el que sea, un motivo, la intervención de un organismo que por ser sindical y afecto a la U. G. T., ha de violentar la marcha de él, burguesa y podrida, se lance a una dictadura e imponga su modo de vida.

Entonces ¿cuál será nuestra posición? ¿La del sacrificio resignado, que vale tanto como la muerte del ideal? ¿El camino de la violencia lindero con nuestra dictadura roja? No existe, a nuestro entender, otro dilema que no sea inspiración de un partido que se llame de verdad—y lo sea—socialista. Volvemos a repetir ¿cuál debe ser nuestra postura? Veamos serena y objetivamente el problema y no nos dejemos llevar de la pasión o del optimismo, que muchas veces las decisiones atropelladas quitan eficacia a aquello mismo que se trata de conseguir. La democracia burguesa, dentro de la cual nos movemos, no garantiza plenamente nuestra marcha. Si algún día, tiempo atrás, se pudo tener fe en ella, a la hora de hoy no enamora la ilusión socialista. El caso de Alemania es bien patente y aleccionador. El capitalismo se ha retirado de la libertad para replegarse en su egoísmo, traducido en mando, apenas la lucha de clases se filtró en el tejido de la nación. En Inglaterra, ahora mismo, por boca de Sir Stafford Cripps, la cuestión vuelve a tomar actualidad inmediata. Y aquí mismo en España, primero con la obstrucción, y luego con ocasión de la crisis última, hemos vivido momentos de tragedia angustiosa. ¿Para qué nos sirve la democracia?, volvemos a preguntarnos. ¿Para crear nuestro verdugo a manos del cual muramos? Eso nunca. Son muchos, dentro mismo de nuestro campo, los que si no desdennan el tema, porque eso es imposible, sí, en cambio, lo ocultan o tratan de aminorarlo, creyendo, gufados de su buena intención, que la lucha social es más una aspiración al orden jurídico, que un sistema de pelea, del cual y bruscamente, por imperio de la fuerza, se constituya la premisa—dictadura del proletariado—que es como la célula paridora de la sociedad comunista. Y estos desprecios, o si se quiere fibiezas, aunque vayan matizadas de generosidad, no deben prevalecer, a juicio nuestro. Irfamos, si adoptáramos su numen o aspiración, a estrellarnos con nuestra buena fe en la roca del desengaño, y de aquí, supuesto el caso, nacería un desorden, en la creación del cual tendríamos mellada la responsabilidad, si traicionáramos el impulso ideal de los trabajadores.

La lucha de clase ha de incrementarse hasta lo infinito porque es el pivote de nuestro movimiento, y cuanto de ello nos venga se teñirá de fecundos resultados. Si camina el mundo en el sentido de implantar la justicia social, es porque la presión obrera lo solicita y aun la hace posible. Esperar de la magnanimidad o del buen deseo de la clase patronal nuestra ascensión es candoroso y culpable. La liberación de los trabajadores, como dijo Marx, ha de ser obra de los trabajadores mismos.

Con la democracia burguesa ya nos hemos dado el adiós. Pesan en las actuales circunstancias españolas el compromiso por parte de nuestro Partido de sostener la República. Bien. Estamos viendo que el socialismo cumple su misión celosamente. Cuantos ataques ha recibido, de tantos se ha resarcido, gracias a su vitalidad, la cual es fruto del apoyo obrero de la Unión General de Trabajadores. Hasta ahora, gracias a la pureza de que se alardea en el Gobierno, que es como la garantía de que España no volverá atrás, nosotros vamos encuadrados dentro de su área. Pero si la reacción, por un resultado electoral logra arribar al Poder, hipótesis no descartable, y se pretende, y en esto no valen dudas, imponer con represiones, amenazas y todo el bagaje moral que los caracteriza, un orden de cosas que destruya las esencias de esta primera hora histórica republicana, ¡ah!, entonces, el socialismo español adoptaría su postura más dura y esquinosa. La entrada de las derechas en el Poder, mejor aún, el desplazamiento de los partidos de izquierda del Gobierno, sería razón bastante para un anuncio de guerra. Atrás, no; ni un paso. Implantar el despotismo y la esclavitud sería tanto como provocar las iras del partido y encender de nuevo la revolución. Antes que éllas, la muerte, porque sabemos que son nuestros verdugos más calificados. De modo que, hoy por hoy, la respuesta es clara. Preparación. Tened siempre, compañeros, para templar vuestros ánimos, la idea de las angustias más agudas. Preparación para la revolución. A toda costa. Como sea. Esto es lo que en este momento tenemos que decir a nuestros camaradas y ellos no deben olvidar un instante.

Temas ferroviarios

Aún no hemos llegado a comprender qué persiguen ciertos jefes del ferrocarril de Lorca a Baza cuando tan desenfundadamente y con cara de llanto pregonan la ruina de la Empresa. Si observamos que, casi siempre que este rumor se propala, es cuando los parias de la Compañía, con verdadera justicia, que nadie puede regatear, inician o consiguen algunas mejoras por mezquinas que estas sean. Es entonces, nunca más que entonces, cuando estos jefes, encargados de siempre para difundir la mala situación de la Compañía—nunca, por boca de ellos, fué buena—martillean la conciencia de los que legítimamente piden. No parece otra su misión que el querer bañar con sustancias amargas el pan de estos obreros. El punto de miras de estos señores está puesto exclusivamente en lo que pueda pedir el maldito personal inferior. No hay para qué esparrancar la vista a otras causas que a las peticiones de estos empleados que nos ocupa y al descenso de tráfico. Nunca ha sido objeto de atención los gastos que ellos originan a la Empresa por desplazamientos y más que nada por sus desaciertos.

Sus palabras, dichas siempre con un acento indirecto, van como flechas indicadoras a señalar como responsables de la mala situación que pueda sufrir hoy el ferrocarril a los empleados más humildes. Estos hombres—dicen—son los que socavan los cimientos económicos del ferrocarril con sus peticiones. Estos hombres están locos. ¿No ven la ruina? Nunca dicen: si en nuestros puestos hubiera hombres, de inventiva, si en lugar de perder el tiempo contemplando si piden poco o mucho, lo dedicáramos a la exploración de nuevas fuentes de ingresos ¿no darían mayor resultado que el que obtenemos? Pero no; sus meditaciones no pasan nunca de la misma meta: la Compañía va a la ruina. Si alguna solución se les ocurre no pasa de un rebaje de sueldos o economías que van en perjuicio de la misma Compañía. ¡Bien! lo saben esos empleados que según ellos no tienen más preocupación que la de pedir au-

mento de sueldos o jornales! Pregúnteseles a ellos, que ya sabrán responder.

El tráfico se pierde, se dice un día y otro día. No viaja nadie se pregonan y hasta se vé. Los usuarios abandonan el ferrocarril y utilizan la carretera. ¿Por qué, preguntamos nos otros a la vez que los mismos empleados?

Ya hemos dicho en más de una ocasión el por qué de ese descenso de tráfico tanto de viajeros como de mercancías. Todo se concreta en una sola cosa: la falta de atención en esos usuarios, el creer innecesaria su colaboración. Conocemos detalles importantes con los que no se pueden desmentir nuestras palabras. Si esos jefes a que nos referimos son imparciales tendrán que darnos la razón con todas sus consecuencias. No llevamos interés en herir susceptibilidades de nadie, si señalar los defectos y sus orígenes, y sobre todo, manifestar públicamente que los empleados subalternos, a pesar de sus peticiones más o menos elevadas, no son responsables del mal que pueda aquejar en estos momentos a la Compañía de Lorca a Baza. Esa responsabilidad sólo cabe a la Compañía misma y a todos sus dirigentes. Ya explicaremos las causas en la primera ocasión que se nos depare.

RUEGO

Por exceso de original nos vemos en la imposibilidad de publicar un comunicado de D. Ramón Martínez García, en el que da las gracias en general a aquellas personas, sus amigos, que directa o indirectamente se han interesado por el estado de su hijo Felipe, de cinco años, que en la calle de José Nakers, fué atropellado por una camioneta.

Confitería y Pastelería

—DE—

DIEGO NAVARRO

Elaboración especial para bodas y bautizos

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene a ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo.

...Arriba, entronizados y venerados, el vicio y la organza; abajo, luchando con el hambre y el dolor, los laboriosos y los útiles; es decir, las cabezas que, según diría Spencer, han adaptado mejor, aguijados por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas. De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana...

¿El medio? La tierra para todos, las energías para todos, el talento para todos: he ahí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, según el Dr. Lluria declara, reintegrar el hombre en las leyes de la evolución; devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad...

RAMON Y CAJAL

